

NUEVOS ARABESCOS (2001-2007): RAMÓN J. SENDER EN LOS SACOS ROTOS DE UN PERIODISTA ZARAGOZANO

Juan DOMÍNGUEZ LASIERRA*
Escritor y periodista

Recojo aquí todas las referencias senderianas que se han producido en la serie de artículos que con el antetítulo «En saco roto» he ido publicando en *Heraldo de Aragón* desde mayo de 2001. Una buena parte de ellos han surgido de mis viajes a Melilla —cuatro en estos últimos años—, y de ahí la apelación a los «Arabescos», en recuerdo de los que Ramón J. Sender publicó en 1923 en *El Telegrama del Rif*, el legendario diario melillense. José Marqués López, que en estos «Arabescos» es denominado *el amigo melillense*, es el responsable último de todo lo que aquí ha ido surgiendo. Sin él estos artículos no habrían sido posibles, ni sin el hecho, claro está, de que pasara en la ciudad de Melilla toda mi infancia, de los dos a los doce años, entre 1945 y 1955. Otra figura muy significativa en ellos es la del archivero e historiador melillense Vicente Moga, autor del estudio senderiano *El soldado occidental: Ramón J. Sender en África (1923-1924)*, que tuve el honor de presentar, además de en Melilla, en Zaragoza, Huesca, Barcelona y Madrid. Por este motivo, surge en estos *sacos* el Instituto de Estudios Altoaragoneses, en cuya sede hablamos del libro del archivero melillense. Como colofón a esta recopilación de textos incluyo la presentación que hice de ese mismo libro en el Ateneo de Madrid en febrero de 2005.

DE SHEFFIELD A MELILLA 17 de mayo de 2001

Ayer tuve un día senderiano. Jesús Vived Mairal me llamaba desde Barcelona para comunicarme que mañana comienza en Sheffield (Gran Bretaña) un congreso

* jdominguez@soporteygestion.com

dedicado a Ramón J. Sender, convocado por el departamento de Estudios Hispánicos de la universidad de esta localidad y en el que también colaboran el Instituto Cervantes y el Instituto de Estudios Altoaragoneses. Donatella Pini, Patricia McDermott, Francis Lough, Anthony Trippett y Vived Mairal son los ponentes. Además, en el congreso habrá conciertos de órgano, uno con autores clásicos aragoneses como Bruna o Aguilera de Heredia, interpretados por John Jordan, y otro de folclore oscense a cargo de Jesús Vived. Poco después, José Marqués López, mi corresponsal personal en Melilla, me anunciaba que hoy aprobará el Ayuntamiento melillense la edición de la obra *Sender en el norte de África*, que coordinará Vicente Moga, el director del Archivo Central de la ciudad. Allí se reeditarán los artículos que Sender publicó en *El Telegrama del Rif*, acompañados con los hechos relevantes acaecidos en la capital los años 23 y 24. Sender, nuestro Sender, es recordado fuera de Aragón en lugares como Sheffield y Melilla. Es una gran satisfacción, una gran alegría.

EL AMIGO MELILLENSE 13 de julio de 2001

No conozco un caso más claro de vocación historiadora. Pero José Marqués López, el amigo melillense, no es historiador. Es policía municipal. Un día, hace ya unos años, alguien me llamaba por teléfono desde Melilla para preguntarme por mis trabajos sobre ¡Benjamín Jarnés! Estas cosas te dejan un tanto *touché*. Aún no me he repuesto. Jarnés vivió un periodo de su vida militar en Melilla y su relación con López Rienda, escritor de temas marroquíes, le interesaba a Marqués. De Jarnés y López Rienda pasamos a otro tema aragonés-melillense, *el soldado de los milagros*, de Cetina, y hace un año al tema del Sender melillense. En él seguimos, y sigue Marqués, que se ha venido ahora a Zaragoza y Huesca-Chalamera (Cetina también) para conocer *in situ* cosas de nuestro escritor. Hace un par de días se presentó en esta redacción y ha sido una gran alegría. El centenario de Sender se está celebrando en Melilla gracias en buena parte a este hombre, que no cesa de recordarlo en los ámbitos adecuados. Marqués es amigo de periodistas, historiadores y escritores de media España y con todos actúa de incansable corresponsal informador. No es por ello solo *mi* amigo melillense, sino *el* amigo melillense de media España. Un día Melilla le tendrá que hacer un homenaje.

EL DÍA QUE SORTEARON A SENDER 17 de julio de 2001

El amigo melillense, José Marqués López, a quien ya presenté en este *billete* hace unos días, ha pasado por tierras senderianas y se ha marchado dejando una muestra de su capacidad investigadora. Ya dije que no conocía vocación de historiador tan neta como la de este policía municipal. Pues bien, se vino aquí, a Huesca y Chalamera, en viaje de turismo, y como regalo de su paso nos dejó —me dejó— un dato curioso que seguramente conoce Jesús Vived Mairal y que habrá incluido en la

biografía senderiana que anda estos días concluyendo. Se trata de la fecha en que Sender fue sorteado como *quinto* para ser destinado a las plazas africanas, el sábado 27 de enero de 1923. Según la información aparecida en *La Tierra* —diario en el que trabajaba el joven escritor, y que ha rastreado mi amigo melillense en el Instituto de Estudios Altoaragoneses—, el mozo José Sender Garcés fue incluido en el grupo de 278 quintos destinados a Infantería, Sanidad e Intendencia, pero (y esto le distinguió de sus compañeros) en la categoría de *complemento*, es de suponer que debido a sus estudios. El sorteo se celebró en la terraza del Círculo Oscense en presencia de un «digno» coronel y de un «pundonoroso» teniente coronel, según afirma el diario.

SENDER Y MELILLA

9 de enero de 2002

Los vecinos del barrio melillense de Cabrerizas Altas acaban de crear su asociación y le han dado el nombre de Ramón J. Sender, según me acaba de comunicar mi enviado especial y particular en Melilla José Marqués. Ya les he hablado en ocasiones anteriores de José Marqués, al que mis compañeros de centralita llaman *el embajador*, y a quien entre las muchas cosas que tengo que agradecerle figura que, en este año senderiano, me ha tenido al corriente de todas las relaciones entre nuestro escritor y la población de Melilla, en la que, como saben ustedes, hizo su servicio militar y conquistó su galón de alférez. También allí, en Melilla, colaboró en *El Telegrama del Rif* (el periódico de mi infancia, que cumpliría el próximo 1 de marzo su centenario si lamentablemente no hubiera desaparecido en el 84) y escribió algunas páginas, pero fue, sobre todo, el escenario inspirador para obras como *Imán* o la propia *Cabrerizas Altas*, una parte de su *Crónica del alba*. Hace unos días le mandaba a mi amigo José Marqués (en pequeño trueque por las muchas atenciones que él tiene conmigo) unos periódicos de la reciente exposición senderiana que se ha mostrado en el Museo de Zaragoza, donde aparecían los *Telegramas del Rif* con la colaboración de nuestro escritor. Ha sido el obsequio navideño que más ha agradecido mi amigo melillense. Tanto que me ha hecho pensar por qué esta exposición, *Cartografía de una soledad*, no se lleva a Melilla, de la misma forma que ha sido presentada en Madrid y en otras poblaciones. La relación de Sender con Melilla es tan estrecha (alcanza, como vemos, hasta a una asociación de vecinos) que sería deber de Aragón favorecerla y consolidarla, y nada más oportuno por el momento que llevar hasta la población norteafricana y la española esta exposición en la que, además, tiene parte protagonista la propia Melilla. A José Marqués le va a entusiasmar la proposición, pero también a muchos melillenses.

EL TELEGRAMA DEL RIF

1 de marzo de 2002

Me llama José Marqués, mi amigo melillense, para recordarme que hoy, 1 de marzo, se cumple el centenario de la fundación de *El Telegrama del Rif*, el histórico

periódico fundado por Cándido Lobera. Para mí, *El Telegrama* tiene obligadas resonancias sentimentales, pues fue *mi* primer periódico, en el que casi descubrí la letra impresa. Recuerdo de aquellos años infantiles una coplilla muy popular que decía: «Tres cosas tiene Melilla / que no las tiene Madrid: / el levante, el poniente / y *El Telegrama del Rif*». La pareja de vientos sigue soplando, pero *El Telegrama* desapareció en 1984, como medio de comunicación del Estado que había pasado a ser, tras cambiar su nombre por *El Telegrama de Melilla*. El fundador de *El Telegrama*, el granadino Cándido Lobera —al que la ciudad le tiene dedicado un parque—, llegó a Melilla en 1893 como teniente de artillería. Se hace corresponsal de varios periódicos peninsulares y el 1 de marzo de 1902 funda *El Telegrama*, del que es, además, propietario y director. Conservador, monárquico, paladín del africanismo, Cándido Lobera se convierte en el defensor de los intereses de España en Marruecos, y es galardonado por los Gobiernos español y francés. Crea y preside en 1913 la Asociación de la Prensa de Melilla y sigue siendo inspirador del periódico hasta su muerte, en 1932. Una figura de la prensa. José Marqués me recuerda que el célebre jefe independentista Abd-el-Krim trabajó en *El Telegrama* llevando la sección árabe, como profesor que era de la lengua cherja (bereber); pero, sobre todo, que Ramón J. Sender, durante el cumplimiento de su servicio militar en la plaza norteafricana, en 1923, fue colaborador del periódico, donde publicó una serie de artículos bajo los epígrafes «Arabescos» e «Impresiones del carnet de un soldado», cuyos ejemplares pudimos ver recientemente en la exposición senderiana *Cartografía de una soledad*. Tres cosas tiene Melilla: el levante, el poniente... y mi infancia.

SENDER Y KANDUSSI

30 de abril de 2002

Recibo carta de mi amigo melillense José Marqués con documento senderiano. Desde el centenario de Ramón J. Sender, el escritor se ha convertido en uno de los *leitmotifs* de nuestra correspondencia. Marqués, al que ya he propuesto que se le haga corresponsal honorario de las plazas norteafricanas, no para de enviarme libros, periódicos, fotografías, folletos, etcétera, sobre las relaciones del novelista oscense con Marruecos, que fueron muchas. Si esto sigue así, y dada la tenacidad de mi amigo, voy a convertirme en el máximo experto en la materia. Ayer, sin ir más lejos, recibía una de las estupendas fotografías de Marqués en la que aparece uno de los puentes sobre el río Kert, en las proximidades de la población marroquí de Kandussi, que forma parte del trayecto que siguió Ramón J. Sender en una de las marchas militares que le tocó hacer, y en la que atravesó, partiendo de Melilla, las plazas de Nador y Segangan. Lo contó nuestro novelista en *Cabrerizas Altas*, en el capítulo titulado «Psicología de las marchas», un itinerario que Marqués ha realizado siguiendo paso a paso la novela. En la fotografía aparece un puente de tres arcos levantado durante el protectorado español (según me cuenta Marqués), y la verdad es que me sorprende su poderoso curso de agua:

— Bueno, es que la he tomado muy de cerca y da una impresión falsa. Si te fijas bien, el agua solo pasa por debajo de uno de los tres arcos.

— Eres un filón senderiano.

— Pues aún tengo más cosas que contarte.

— Pues las dejamos para mañana, que ahora ya no hay sitio.

MÁS SENDER

1 de mayo de 2002

Recorro algunos domingos el rastro de la plaza de toros, aunque, la verdad sea dicha, con poca convicción. Amigos tengo que encuentran Bayéus, Luzanes y hasta algún Goya, pero yo si me topo con algún Saura me puedo dar por satisfecho. Siempre te queda el consuelo de descubrir alguna joya bibliográfica salvada de alguna inundación o de algún derribo, pero tampoco mi fortuna ha sido mucha. Así que el otro día me dio un vuelco el corazón cuando tropecé con un *Lecturas* del año 24 ¡con un cuento de Sender!, «Sol de diciembre». Me puse más contento que unas castañuelas pensando que estaba ante algún texto ignorado del escritor y en cómo lo celebraría en esta columna ante mis fieles lectores. Pero uno ha llegado también a ser cauto —cosas de la edad— y me fui antes a mi particular gurú senderiano, mi amigo Jesús Vived Mairal, y a su antología *Primeros escritos (1916-1924)*. Y allí, oh decepción, estaba «Sol de diciembre», publicado y localizado: fue editado en *La Tierra* el 20 de mayo de 1922, y, retocado, en *Lecturas* en noviembre de 1924. Mi gozo en un pozo. Y en estas me llega la fotografía del puente de Kandussi, sobre el río Kert, que recorrió Sender, cuyos pasos ha seguido mi amigo José Marqués, que me promete más envíos senderianos:

—Te voy a mandar la hoja de servicios militar de Sender, que tiene 12 folios, aunque no la utilices por ahora porque Vicente Moga la va a sacar en un libro que está a punto de salir: *Sender en el norte de África*, editado por los Ayuntamientos de Melilla y Ceuta...

No se piensen que aquí acaban las noticias sobre Sender. Habrá más.

ESTUDIAR A SENDER

3 de junio de 2002

El Instituto de Estudios Altoaragoneses no abandona a Sender. Ahora acaba de editar uno de los estudios más apetecibles sobre su obra, por ser uno de los más necesarios: una completísima bibliografía que se debe a los afanes incansables de una senderiana de pro, Elizabeth Espadas, que ya nos ha ofrecido en estos últimos años una serie de aproximaciones a la obra de nuestro gran escritor. El libro que ahora nos presenta, *A lo largo de una escritura*, con el apropiado subtítulo de *Guía bibliográfica*, es un

integral de la bibliografía senderiana que comprende no solo su obra escrita (libros y prensa), sino todo lo escrito en torno a Sender. Como uno también se ha metido alguna vez en estos berenjenales bibliográficos, sabe lo que es un trabajo de estas características, faena miniaturista e inacabable, y esto en el más estricto de los sentidos, porque son siempre obras abiertas que nada más terminarse quedan ya incompletas, puesto que, irremediabilmente, nuevas entradas vienen a sumarse de inmediato a lo ya hecho. Pero ¡qué útiles y necesarias! Yo me alegro muy particularmente de la edición de esta bibliografía porque era una laguna senderiana, como estoy esperando la edición de la biografía del escritor, que ya ha terminado Jesús Vived, porque tampoco existe un estudio de esta naturaleza. Y Sender se merece una y otra. Seguro que, a partir de ambas obras, los estudios y el interés sobre nuestro escritor se incrementarán notablemente. Personalmente, es grato verse en esas páginas que recogen, con precisión pasmosa, nuestros pequeños afanes senderianos. De esas referencias —que casi llegan a nuestros días y que Elizabeth Espadas se ha tomado el trabajo de comentar una a una— me ha complacido especialmente la que se refiere a mi columnilla «El amigo melillense», en la que se cita el papel de José Marqués López en la celebración del centenario de Ramón J. Sender en Melilla. Cuando se entere el amigo Marqués de esa referencia le va a dar casi mayor alegría que su recién estrenada paternidad. Por cierto, el niño se llama Francisco José.

SENDER Y MELILLA

18 de diciembre de 2002

Si en Buenos Aires estuve tras las huellas de Jarnés, en Melilla he estado a la busca de Sender. Ya sé que no falta quien menosprecia estas ocupaciones, pero es que hay gente que nunca se entera. La de alegrías que uno se lleva con estas fruslerías y la de personas y rincones que nos descubren... Estas son razones que algunos no entienden.

De todas formas, buscar a Sender en Melilla tiene más peso que perseguir a Jarnés en Buenos Aires. Nuestro escritor fue a Melilla a hacer su servicio militar, y cumplió tan bien que acabó de oficial. Además, su conocimiento del territorio marroquí y de los trágicos sucesos que allí tuvieron lugar —desastres de Annual y Monte Arruit, etcétera— le dieron materia para una de sus mejores novelas, *Imán*, y para una de las partes de su *Crónica del alba*, la titulada *Cabrerizas Altas*. Además, Sender escribió cuentos y crónicas con escenario marroquí. Así que hay un Sender melillense con todas las de la ley.

De los escenarios senderianos lleva algún tiempo informándome mi amigo José Marqués, y en mi reciente visita a Melilla no faltó una subida a Cabrerizas Altas, donde hoy se encuentra la Legión y que fue sede del Regimiento Ceriñola 42, donde estuvo el escritor.

Pero hay también otro senderiano ilustre, Vicente Moga, que del Sender melillense-marroquí lo sabe todo, puesto que lleva años preparando un libro sobre

el asunto. Vicente Moga es el archivero titular de Melilla y, desde su torre de marfil del Hospital del Rey —recientemente restaurado—, gobierna el papeleo histórico de la vieja y la nueva Rusadir.

—Aquí están mis poderes senderianos —dice mientras me muestra un imponente rimero de archivadores frente a su mesa de despacho.

Oliver Duch, que me acompaña, lo fotografía junto a aquella inefable muestra de senderianismo.

Desde las ventanas del Hospital del Rey se divisan los mejores paisajes de la vertiente costera melillense: a la derecha, las islas Chafarinas, y a la izquierda, el cabo Tres Forcas:

—Todo esto lo vio Sender —me dice Marqués, que está siempre al quite.

ENTRE GENIOS

6 de marzo de 2003

Me pongo contento porque, después de meses de silencio, me escribe mi amigo Román Lobato, que ahora está por su tierra natal, La Rioja, haciendo lo que mejor sabe hacer: pintar, pintar geniales paisajes. Bueno, que me ha escrito es un decir; en realidad me ha enviado un cartelito donde anuncian una exposición en Nájera de sus últimos cuadros, en el bar-galería Boffi, con «un abrazo» puesto a mano. Pero no necesito más para saber que sigue vivo y que sigue pintando, que es lo que debe hacer un artista genial como él. Y para alegrarme mucho por ello. En el cartelito aparece una iglesia riojana envuelta en la nieve... A nadie he conocido capaz de pintar como Román pinta..., con el alma y las vísceras.

También recibo, con alegría, otra carta, esta de Melilla. Tal vez sea aventurado decirlo, pero no creo confundirme ni esto así: no hay sitio donde el «Hispanómetro» del *Heraldo* haya tenido tanta repercusión como en la ciudad autónoma. Los medios se han volcado en referencias, e incluso el *Melilla Hoy* ha reproducido el reportaje. Lo más bonito ha sido un suelto del diario *Sur* donde un grupo de aragoneses residentes en la vieja Rusadir, además de mostrarse muy contentos con el reportaje, sienten no haber salido en él, y sugieren que se haga otro, que reúna a todos los aragoneses que viven allí, «para hablar de dos regiones españolas tan distantes y tan queridas». Aquí, servidor está dispuesto.

José Marqués, mi enlace melillense, me da a conocer que ya ha sido aprobada por la Consejería de Cultura la edición de un libro que estamos esperando con ansia: *Sender en el norte de África*, de Vicente Moga, senderiano de pro y archivero de la ciudad. Para dar más tono aragonés a Melilla acaba de inaugurarse en el Hospital del Rey una exposición de la *Tauromaquia* de Goya. Ya saben, otro genio, como mi amigo Román.

EL SOLDADO OCCIDENTAL
31 de enero de 2004

Pepe Marqués, mi amigo melillense, me lo dijo hace ya algún tiempo:

— Vicente Moga ya tiene terminado su Sender.

Era un notición, porque Vicente Moga lleva haciendo su Sender, su Sender en Marruecos, unos cuantos años. Cuando yo lo visité en su despacho de archivero de la ciudad, en diciembre de 2002 —en el Hospital del Rey, allí entre los muros de la Vieja Melilla—, me enseñó un armario lleno de carpetas con materiales para su libro y tuve la impresión de que ya estaba escrito.

— ¿Y cómo se titula por fin? —le pregunto a Pepe.

— *El soldado occidental*.

Me quedé un tanto sorprendido. No acababa de comprenderlo.

— ¿No será el soldado *accidental*?

Porque de lo que trata el libro de Vicente Moga es del paso de nuestro escritor Ramón J. Sender por Melilla y el Marruecos español, donde hizo su servicio militar... *accidentalmente*, es decir, por el clásico *sorteo*.

Hace unos días llamé a mi amigo Jesús Vived, el biógrafo senderiano —que se repone de su reciente operación—, y le pregunté lo que opinaba de ese título, si le veía alguna razón.

— Pues no, no acabo de entenderlo.

— ¿Qué título le hubieras puesto tú?

— Por ejemplo, *El soldado escritor*.

Así que para salir de dudas llamo al propio Vicente Moga:

— Aquí estamos todos intrigados con ese título, querido Moga. ¿Qué tal si me lo explicas?

— Lo que quiero decir es que Sender representaba aquí, en mundos tan cerrados como el militar y el musulmán, el espíritu civilizador, lo occidental... Bueno, esta es la tesis del libro, y espero argumentarla.

Seguro que sí, porque Moga es un investigador concienzudo. Yo tengo muchas ganas de leer *su* Sender, *nuestro* Sender.

ILUSTRES PAISANOS
16 de abril de 2004

Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores me envía el primer espléndido volumen de lo que va a ser la Biblioteca Pedro Laín Entralgo, dirigida por Diego Gracia

y auspiciada por el Instituto de Estudios Turolenses, como debe ser tratándose de quien se trata, uno de los más ilustres turolenses del siglo. Se inicia de la mejor manera, con el mejor prólogo a esa biblioteca: con *Descargo de conciencia*, obra esencial en el desentrañamiento del ser y existir de Laín.

También me llega otra obra capital, el Sender de Ángel Alcalá, la obra que nos debía este otro ilustre turolense, profesor de la universidad neoyorquina, y que viene a completar, con la biografía de Jesús Vived Mairal, la configuración total de la personalidad humana e intelectual del autor de *Crónica del alba*. Porque Alcalá, como ha hecho con otros heterodoxos aragoneses, Molinos o Servet, entra a fondo en el pensamiento senderiano y desvela las claves últimas de una personalidad tan compleja.

Y ya que hablo de Sender no puedo dejar de mencionar que está a punto otro Sender, este de Vicente Moga, el archivero general de Melilla, en torno a la peripécia militar, vital y literaria de nuestro oscense en tierras norteafricanas. Como haré la presentación del libro en Melilla, para finales de mes, tendré ocasión de referirme a esta nueva criatura senderiana.

LOS NIÑOS DE CHALAMERA

21 de abril de 2004

Los niños de Chalamera le han escrito a mi amigo melillense. Si me preguntan qué oblicuos caminos se trazan para que tal cosa suceda no sé si sería capaz de explicarlo. Básteles saber que tratándose de mi amigo melillense todo es posible.

Pepe Marqués visitó hace unos años Chalamera, llevado de su interés por Sender, y allí conoció a Santiago Villas, quien le ha mantenido siempre en contacto con la actualidad del pueblo. Hace poco celebraron los escolares de Chalamera, y los de pueblos cercanos, un homenaje a Sender, del que se enteró Pepe, que me enteró a mí, del que se enteraron los colegas de Huesca... Total, que, por semejante luengo trayecto, Chalamera – Melilla – Chalamera, hubo reportaje del homenaje en nuestras páginas.

Rocío García, una de las maestras de Chalamera, tuvo la idea de agradecerle a Pepe su cumplida mensajería y los niños le han enviado una carta que ha entusiasmado a mi amigo. Según me cuenta, le han mandado un cachirulo naranja, pero además le hacen curiosísimas preguntas como cuántas lenguas habla, qué flores hay en Melilla, qué minerales y rocas, y hasta qué libros de Sender les recomienda leer. Pepe está que se sale.

Tan dispuesto como es, ha llevado la carta a las autoridades de la ciudad autónoma, entre ellas a la consejera de Cultura, Simi Chocrón, y ha conseguido que se les escriba a los niños de Chalamera una carta oficial. Ahora lo que Pepe Marqués quiere es que se manden a los escolares de Chalamera folletos turísticos de Melilla, para que los niños del pueblo natal de Sender conozcan la ciudad donde el ilustre escritor y paisano hizo su mili. Además quiere que se mande a la biblioteca de

Chalamera el libro de Vicente Moga que está a punto de salir sobre Sender en el norte de África. Lo mandarán. Lo que no consiga Pepe Marqués...

SENDER EN MELILLA
4 de mayo de 2004

Mi reciente viaje a Melilla, la ciudad de mi infancia, ha sido una inmersión en el Sender norteafricano, casi una peregrinación a la geografía de *Imán* y *Cabrerizas Altas*, un viaje nostálgico a Sender. Fui allí, invitado por Simi Chocrón, la consejera de Cultura de la ciudad autónoma, para presentar, durante la Semana del Libro, uno de Vicente Moga, *El soldado occidental*, sugestivo título que se acompaña de un subtítulo definidor: *Ramón J. Sender en África (1923-1924)*. El libro de Moga, su lectura atenta, mis anotaciones para su presentación han hecho este viaje eminentemente senderiano, pero no solo eso. Para abrir boca, el par de horas escasas en el Altaria a Madrid, y el mismo tiempo en el avión a Melilla, estuve acompañado de otro producto senderiano, recién salido del horno, de mi estimado Ángel Alcalá, *Testigo, víctima, profeta: los trasmundos literarios de Ramón J. Sender*, del que ya les hablaré.

En el aeropuerto melillense me esperaba mi querido amigo José Marqués, acompañado de su esposa y del pequeño Paquito, que me llevaron al moderno hotel Puerto Melilla, junto a la zona noctámbula de Puerto Noray y frente a la playa de San Lorenzo. Desde la ventana, en primer término, la visión de la enorme y simbólica escultura de Mustafá Arruf *Encuentros*.

En la habitación del hotel me esperaba un regalo de la ciudad autónoma: todos los libros publicados para esta Semana del Libro, entre ellos *El soldado occidental*, que aún no conocía en su bellísima edición, enriquecida de fotografías de época e incluso cuadros del propio Sender. Vicente Moga ha hecho un libro capital, y de ello di cuenta en el centro de la UNED, un edificio que, en los lejanos tiempos de mi infancia, había sido colegio de las monjas de Nuestra Señora del Buen Consejo. Allí estudió mi hermana.

SIMI CHOCRÓN
5 de mayo de 2004

¿Has conocido a Simi Chocrón? Mi querido compañero Chaco sabe que he ido a Melilla a presentar un libro de Sender, que he hecho la *marcha* senderiana a Kandussi, que he subido al Gurugú, pero lo que mi querido Chaco quiere saber es si he conocido a Simi Chocrón.

— Pues sí, la he conocido.

Mi compañero Chaco ha convertido a Simi Chocrón en la musa de Melilla. La conoce por las fotos que mi amigo melillense José Marqués me ha enviado, entre ellas una en la que aparece leyendo el *Heraldo de Aragón*. Y es que gracias a Pepe

Marqués el *Heraldo* se lee en Melilla, o al menos lo lee Simi Chocrón. Que Simi Chocrón es, ciertamente, algo musa, o muy musa, lo he comprobado estos días en mi estancia en la ciudad autónoma. Los periódicos —y en Melilla hay cuatro: *El Telegrama*, *Melilla Hoy*, *El Faro* y la edición melillense del *Sur* de Málaga— no dejan de traerla cada día a sus páginas, y en algunas ocasiones varias veces. Y es que, aparte de su condición de musa, de su belleza y simpatía, Simi Chocrón es la consejera de Cultura de la ciudad autónoma, y una consejera muy activa, que no se pierde un acto. Por eso estuvo presidiendo la mesa en la presentación de *El soldado occidental*, el libro de Vicente Moga en cuyo bautismo participé.

—Pues sí, la he conocido, estuvo a mi lado en la sede de la UNED —le digo a Chaco.

—¿Y de qué hablasteis?

—Pues, aunque te parezca increíble, de los niños de Chalamera, cuyo interés por el Sender *melillense* ha llegado a ella —a través de Pepe Marqués, claro—, y ha prometido escribirles y enviarles folletos de Melilla para que conozcan la ciudad donde su paisano Sender cumplió la mili.

Simi Chocrón lo hizo público en el acto de la UNED. Y, solo por hablar allí de los niños de Chalamera, Simi se hizo a mis ojos la musa que dice Chaco.

RUSADIR

6 de mayo de 2004

En Melilla, además de a la musa Simi Chocrón, me he encontrado a la diosa Russad, divinidad del mar y de la miel. Rusad (o Rsad) es una sirena imaginada por el escultor Stefan von Reiszwitz que, según su personal fabulación, estaba fundida en oro y dio primitivo nombre a la ahora ciudad de Melilla, la antigua Rusadir.

La pequeña escultura de la sirena me la encuentro en una de las dependencias del Hospital de Rey, sede del Archivo General de Melilla, donde ejerce de jefe mi amigo Vicente Moga, autor de *El soldado occidental* (o sea, Sender en África), cuya presentación me ha traído de nuevo a la ciudad de mi infancia.

—La realidad es que *Rusadir* es el topónimo púnico de Melilla. *Rus* o *ras* quiere decir ‘cabo’, y *adir*, grande; o sea, ‘cabo grande’.

Estos eruditos son así: les viene uno con sirenas y ellos te sacan etimologías púnicas.

Desde las ventanas del Hospital del Rey, en la ciudadela antigua de Melilla, *Melilla la Vieja*, como popularmente se le dice, se ve el mar melillense, ese inmenso Cabo Grande, con sus hermosos colores verdes y azulados donde reverbera el sol.

Vicente Moga me hace de guía por la Vieja Melilla y me enseña sus secretos más preciados: un impresionante aljibe que recoge el agua de lluvia, los pasadizos

que llegaban hasta el puerto, los puentes levadizos de sus distintas zonas... Desde la plaza de Armas (alterada por una remodelación nada acertada, pese a que la restauración de la ciudadela tiene el Premio Hispania Nostra) se divisa todo el perímetro de la ciudad, cercada por las vallas fronterizas con Marruecos.

En un cafetín cercano, junto con el investigador local Juan Díez, tomamos un té.

—*Ushai nanna* ('dame té de hierbabuena') —pide Moga en tamazig, la lengua bereber.

Y enseguida me advierte:

—Pero ojo, que *nanna* también quiere decir 'hachís'.

LOPE DE VEGA EN NADOR 8 de mayo de 2004

Una de las colaboraciones de Ramón J. Sender para *El Telegrama del Rif*, durante su periodo militar norteafricano, narra su marcha desde Melilla a Kandussi. El artículo, titulado «Psicología de las marchas» —preciosamente anotado por Vicente Moga en *El soldado occidental*—, ha sido detenidamente leído, reconstruido sobre el mapa y repetido *in situ* por mi amigo José Marqués, que durante estos meses ha prometido hacerme de cicerone.

Y ha llegado el día. Vamos en el Galloper todoterreno de Marcos y Carola, los hijos de mi recordada amiga Carmen Goes, la periodista zaragozana fallecida prematuramente el pasado octubre. Carola es el vivo retrato de su madre. Desde la vieja Rusadir se atraviesa la frontera de Beni Ensar, con el espectáculo inenarrable de las *matuteras* llenas de fardos, los policías cobrando la *rasca* o persiguiendo entre gritos a los que quieren entrar sin pagarla. Un golpe de tercermundismo en pleno rostro que si no estás acostumbrado impresiona e indigna. Desde allí, a Nador, la que fuera ciudad española, con el viejo cuartel de regulares cayéndose a pedazos y el instituto Lope de Vega ofreciendo el bachillerato español a un alumnado marroquí lleno de interés por aprender.

—¡Qué suerte! —le comento al director, Miguel Domínguez—. ¡Alumnos que quieren aprender!... Como se enteren en España los profesores, se vienen todos aquí.

—Pues nos faltan aulas... No podemos atender toda la demanda que existe...

Incluso tienen clases de árabe literario, que imparte Ahmed Tesiti, coautor de un manual en español sobre la lengua árabe periodística.

Hay una exposición de dibujos de Lope de Vega hechos por el alumnado. Emociona ver al Fénix de los Ingenios interpretado por estos jóvenes marroquíes. Y se lamenta de qué manera estos antiguos territorios españoles han sido abandonados culturalmente por España.

EL OJO DEL UIXAN
9 de mayo de 2004

Mohamed Boujuar es un fotógrafo de Nador que ha retratado a Mohamed VI en su reciente viaje a la ciudad. Algunas de estas fotos se muestran en su establecimiento. Pero Mohamed Boujuar es, sobre todo, un fotógrafo-artista que pone los fondos más rosas y azules que uno ha visto nunca en un retrato, salvo en Matisse, o los sofás y almohadones más exóticos que imaginarse puedan. No he podido resistir el dejarme fotografiar por Mohamed Boujuar en medio de una escenografía propia de esos harenes orientales de las películas hollywoodienses de los años cincuenta, entre alfombras, tapices y cojines de color fucsia en forma de corazón. Una mandolina y un *tarbush* han completado el atrezo de las fotografías, que han causado admiración y envidia incluso a nuestro jefe de fotografía, Carlos Moncín.

Mientras almuerzo en el cercano restaurante Marhaba un *tayin* que me devuelve al sabor a cordero de mis tiempos infantiles, Marcos, el hijo sociólogo de la periodista Carmen Goes, me dice que «los árabes solo respetan la fuerza y la sabiduría».

—¿Y la riqueza, la ostentación? —le digo.

—Forman parte de la fuerza, son los signos externos.

Pasamos por Segangan, que aún conserva el viejo cuartel de regulares donde hizo noche Ramón J. Sender en su marcha a Kandussi, y ya nos ponemos frente al monte Uixan, que acompañó obsesivamente al escritor durante toda su caminata hasta el campamento militar, según cuenta en su artículo «La psicología de las marchas», obsesión sobre la que volvió a insistir en las primeras páginas de la novela *Imán*. Junto al monte Uixan estaba San Juan de las Minas, el yacimiento de hierro propiedad de la Compañía Española de Minas del Rif, que transportaba por ferrocarril su metálico producto hasta el puerto de Melilla.

Hoy, la única actividad que vemos por esta desierta carretera hacia Kandussi son los niños que, en grupos de dos o tres, se dirigen a sus pequeñas escuelas desperdigadas por el campo, blancas de cal y donde ondea la bandera roja con su estrella verde. El Monte Uixan no nos pierde ojo.

MAGIA JUNTO AL KERT
11 de mayo de 2004

En lo alto del monte Uixan están aún los restos del blocao —fortín militar— que siguió y persiguió a Ramón J. Sender en su marcha desde Melilla a Kandussi. «Porque el blocao nos seguía. ¡Vaya si nos seguía!», reitera Sender. Y, en efecto, el blocao nos siguió hasta que el río Kert se hizo visible, en medio de campos de cebada y de páramos, con las montañas del Rif al fondo.

Y allí, en medio de aquella estepa que tanto me recuerda a los Monegros, el puente sobre el Kert, el puente que cruzó Sender el 20 de julio de 1923, ese puente

que mi amigo Pepe Marqués ha fotografiado de todas las maneras, incluso con abundoso curso de agua, aunque siempre la lleve tan escasa como ahora.

—Marqués, me parece que no nos vamos a poder bañar...

Porque el río Kert, en ese cruce del puente construido por el ingeniero militar Manuel García Díaz entre 1915 y 1917, se ha convertido ya para nosotros en un hito, y nos habíamos prometido, en un ejercicio ritual senderiano, bañarnos en él.

Pero nada impide que aquella soledad, aquel silencio, la sequedad del entorno, con la tierra pedregosa coloreada por el hierro y las montañas ribereñas carcomidas por la erosión, formando cárcavas a lo largo del curso del río, conviertan aquello en un espacio mágico. Me quito los zapatos y camino entre aguas y piedras.

—¿Qué sientes? —dice Carola.

—Es un momento mágico.

En Kandussi, junto a la carretera, unos pequeños talleres de reparaciones. Uno de ellos conserva su letrero español: «La casa de la moto. Repuestos en general. Todo tipo de accesorios». Es otro momento de magia.

El campamento militar al que fue Sender ya no existe, pero hacemos cábalas de dónde estaría situado. Carretera adelante, en un pequeño muro encalado, alguien ha escrito con letras rojas: «Moustafa + Khadija = Love». La magia, de nuevo.

EL GURUGÚ

12 de mayo de 2004

Estando en el parvulario de La Salle, en Melilla, un día vino don Antonio —nuestro maestro— con un plato lleno de nieve para que supiéramos cómo era. Ninguno de aquellos escolares había visto nunca nevar y nos fuimos pasando el plato de mano en mano, de pupitre en pupitre, contemplándolo con auténtico asombro. La nieve procedía del monte Gurugú.

La gran mole oscura del Gurugú preside al sur de la ciudad las horas de Melilla. En tiempos, el Gurugú era para los melillenses una sombra protectora, un tótem benéfico; desde que pasó a Marruecos, el espíritu de esa leyenda pétrea ha torcido su signo. Un lugar estratégico, demasiado estratégico, desde el que Melilla —refugiados del viento de la cumbre en el fortín de Basbel— se contempla abierta e indefensa. Desde esa altura, con los últimos rayos del sol de la tarde, la ciudad, alegre y confiada, refulge como una perla blanca.

—A Zaragoza se la llamó en tiempos de los árabes *Medina Albaida*, porque también refulgía de blancura en la distancia —le digo a Marcos y Carola, los hijos de Carmen Goes.

Allí, junto a los muros de la fortaleza de Basbel, Pepe Marqués despliega la pañoleta de color naranja que le han regalado los niños de Chalamera y nos hacemos fotos.

—¡Para que los niños de Chalamera vean hasta dónde ha llegado su pañuelo!...

La subida al Gurugú se hace entre pinos y eucaliptos. En sus faldas hay un campamento de emigrantes subsaharianos que están allí a la espera de poder pasar la frontera de Melilla. Y acuden a la carretera en busca de comida. Son jóvenes, altos, delgados, apacibles, resignados, y para hacerse notar, para pedir, extienden las palmas de sus manos hacia los coches que pasan. Este monte Gurugú sigue siendo un tótem protector que reclama desde sus entrañas un poco de justicia.

IRSE DE MELILLA

13 de mayo de 2004

Por la frontera de Beni Ensar pasan cada día a Melilla catorce mil marroquíes. Van a la ciudad española a comprar y vuelven a su tierra cargados de ropas y utensilios. Melilla es puerto franco, está fuera de la Unión Aduanera Europea, y por ello mismo no hay IVA. A cambio está el IPSI (impuesto sobre la producción, los servicios y la importación), que grava la ciudad autónoma.

—Es un impuesto de aforos —me dice Marcos.

Un impuesto, en todo caso, menor que el IVA; de ahí que los productos melillenses sean más baratos que en España y que en Marruecos, y que muchos marroquíes pasen diariamente la frontera para en la compraventa ganar algún beneficio. Las *matuteras* son las profesionales de este negocio —van cargadas de fardos por todo su cuerpo— y, como todos los que pasan productos en exceso, están obligadas a pagar la *rasca* a los funcionarios marroquíes de la aduana, una especie de *mordida* que, cuando alguien quiere escaquearse por el procedimiento de burlar la vigilancia aduanera, provoca conflictos, desórdenes, palos y hasta detenciones. Todo depende del humor que ese día se gasten los funcionarios. En Melilla, además, trabajan tres mil marroquíes, que diariamente van y vienen.

Marcos, el hijo de Carmen Goes, me cuenta estas cosas cuando retornamos de nuestra ruta senderiana. Una jornada mágica —Nador, Segangan, el río Kert, Kandussi, el Gurugú— que cerraremos con un picoteo en Los Faroles. Allí nos encontramos con el *conde de Walpurgis*, que es menos temible de lo que indica su seudónimo.

—Vivo en Cabrerizas Altas, y yo fui quien propuso que la asociación de vecinos del barrio se llamara Ramón J. Sender.

Sender surge por todas partes. El Suizo, un antiguo legionario de imponente presencia rubia, es ahora el presidente de la asociación, y como tal estuvo en la presentación del libro de Vicente Moga sobre el Sender marroquí, *El soldado occidental*.

El *conde* se llama Juan José Florensa y se dedica a conducir excursiones turísticas.

En la cena tengo ocasión de enterarme de su vida y milagros, y de otras vidas y otros milagros... Empiezo a saber demasiado de Melilla y creo que es el momento de irse.

Paquito Marqués —que mañana viernes cumple dos años—, me despide al día siguiente: «Tito..., vión».

Sí, el *tito* se va en el avión.

APLACAR AL MAR
8 de junio de 2004

Por el paseo de María Agustín me encuentro con mi antiguo vecino P., que hizo la mili en Melilla, y me recuerda que las moras, para aplacar las tormentas, ataban en un pañuelo unas monedas y lo lanzaban al agua pronunciando el nombre de una santona.

—Pregúntale, pregúntale a tu amigo Marqués, que él también te lo contará...

Pero los recuerdos de mi vecino —con sus asombrosos ochenta y cuatro años— son lo bastante lejanos para que ni Pepe tenga noticia del ritual ni recuerde el nombre de la santona, que a mí también se me ha olvidado.

—Pregúntale a Moga, que él lo sabe todo.

Pero Vicente —que acaba de presentar en Ceuta su senderiano *Soldado occidental*— tampoco conoce el ritual.

Puri me llama desde recepción y me dice que tengo una sorpresa. Como al venir al periódico me he encontrado con Eugenio, el acordeonista rumano, y me ha prometido traermé un disco con sus melodías, pienso si será él. Por cierto, que tanto Jorge, el trompetista, como Eugenio han tenido que ponerse a tocar nuevamente en solitario, porque con lo que sacan los dos juntos no les da para sobrevivir. Eugenio —contento con su acordeón arreglado, que suena a acordeón americano—, me dice que tal vez se marchen a Valencia.

La sorpresa es María Eugenia Sánchez de San Pío, que ha dejado por unos días su Marrakech querido, y me viene a saludar.

—Cada vez que vuelvo encuentro a la gente menos cordial y amistosa.

Me trae un libro de Julio Cristellys Barrera, *Relatos para Mariana*, que acaba de aparecer.

—¿Sabes que sale en uno de los cuentos el Riad de los Jazmines? —es decir, el hotelito con encanto que María Eugenia tiene en la ciudad marroquí.

—Ha dicho Julio que no solo vas a ser tú el que saque el Riad en tus artículos...

—Tu Riad se merece todo... Por cierto, ¿tú no sabrás ese rito de las moras que atan un pañuelo con monedas y lo echan al mar para aplacarlo?

—Pero qué cosas preguntas...

MOGA Y SENDER
24 de junio de 2004

Esta tarde, en Huesca, en el Instituto de Estudios Altoaragoneses, mi amigo Vicente Moga presentará su libro *El soldado occidental: Ramón J. Sender en África (1923-1924)*. Vicente Moga, como ya saben muchos lectores, es historiador, archivero general de la ciudad autónoma de Melilla y hombre que durante años ha ido estudiando el periodo marroquí de nuestro escritor hasta conseguir una auténtica hazaña bibliográfica: ese *Soldado occidental* que no solo recorre cada uno de los pasos de Sender durante su periodo norteafricano, sino que los enhebra en la conflictiva historia del protectorado y en la de la propia España. Pero todo eso ha sido explicado en estas páginas.

Lo que me alegra decirles es que Vicente Moga viene al Centro de Estudios Senderianos (del IEA), como es de rigor tratándose del libro del que se trata (gracias, Fernando Alvira; gracias, Pilar Alcalde), y mañana se nos viene a Zaragoza, donde hablará con los colegas en la Asociación de la Prensa (gracias, Amada), firmará ejemplares en la Feria del Libro (gracias, Juan Bolea) y presentará su criatura senderiana, por la tarde, en la librería Antígona (gracias, Pepito). Nada se consigue sin la ayuda de los demás, y a la alegría de la visita de Moga yo quiero unir esa gratitud a quienes la han hecho posible en tiempo récord. Por supuesto falta una gratitud, la originaria, la de quien ha puesto todo esto en movimiento, la de mi amigo melillense Pepe Marqués, a cuyo entusiasmo debemos todos —Moga incluido— que nos encontremos aquí.

El sábado llevaremos a Moga (gracias, Yusta), a recorrer el territorio senderiano —ese al que él *se atenía*— y no dejaremos de pasar por la Chalamera natal, donde sus escolares ya conocen, gracias a Marqués (y a Simi Chocrón, la consejera; y a Rocío, la maestra), que Melilla es esa ciudad lejana, pero española, donde hizo la mili su paisano Sender.

UN RELOJ CAUNY
29 de junio de 2004

Visito con Vicente Moga, mi *otro* amigo melillense (Pepe Marqués es el primero), el *sancta sanctorum* senderiano del Instituto de Estudios Altoaragoneses, un pequeño despacho donde se muestra el humilde legado (material) de Ramón J. Sender, el que dejó en su última morada. Descubrimos en una vitrina un reloj de deteriorada correa.

—Es igual que el de mi padre —digo sorprendido—, el que compró en Melilla y llevó toda la vida, y que yo conservo.

—Seguro que es un Cauny —dice Moga—, el reloj que se compraban todos los soldados que iban a Melilla...

Nos acercamos y, efectivamente, es un Cauny. Cuando un periodista le pregunte a Moga por la influencia de Melilla en Sender traerá a colación ese reloj Cauny conservado toda la vida por el escritor y dejado entre sus pocos tesoros últimos:

—El tiempo de Sender fue siempre el tiempo de Melilla —pudo decir Moga, pues ese tipo de frases metafóricas aroman la escritura del autor melillense.

He convivido estos días con Moga en la *gira* aragonesa de presentación de su libro *El soldado occidental: Ramón J. Sender en África (1923-1924)*. Nuestra primera visita fue a Huesca. Allí tuve ocasión de conocer La Carbonería, ese espacio de arte que ha puesto en marcha la entusiasta María Jesús Buil en la plaza de San Pedro. *Fotografía creativa contemporánea* es la exposición que ahora se presenta, con valores como Mapi Rivera, David Rodríguez, Carbó... Voy con el matrimonio Rubio, Mariano y Edda, que se han venido desde Tarragona para acompañarnos en la presentación. Fernando Alvira y José Domingo Dueñas son nuestros anfitriones. No faltaron mis primos, Carmen, Mariano y Rosa. La cena, en el Bazul, una delicia. Alguien preguntó por la hora.

—En un Cauny es la hora de Sender —oigo que dice una voz.

Debe de ser Pepe Marqués, que nos acompaña en espíritu.

SUBIDONES

30 de junio de 2004

En plena canícula de las seis de la tarde, en la caseta central de la Feria del Libro, Vicente Moga se dispone a firmar ejemplares de su senderiano *El soldado occidental*. Antes de sentarse, llega Antonio Pérez Lasheras. Es el primer libro que firma en Zaragoza. Todo el mundo se queja del calor, sobre todo los sufridos autores que firman esa tarde. Juan Bolea ejerce de anfitrión y dice que a la Feria hay que darle un nuevo estilo, que lo de ahora ya no aguanta. Pero allí están los más *vendedores*: Lorenzo Mediano, José Luis Corral, Martínez Laínez... Se acerca F. Javier Aguirre, con gafas negras, que me cuenta su problema de visión. Me habla de la colección de relatos Cantela, que ha iniciado Libros Certeza con *El pintor de fantasmas*, de José Luis Gracia Mosteo, y *El látigo del diablo*, de él mismo.

—Y tú, ¿cuando publicas tus cuentos...? —me dice Aguirre.

—Cuando me los pidan...

Al llegar a Antígona, Moga tiene un subidón de ego. En el escaparate de la librería hay cuatro ejemplares de *El soldado occidental* que con su gran tamaño y su atractiva portada se comen todo el espacio.

—¡Es fantástico!

En el interior nos espera José A. Ferrer Benimeli, que conoce a Moga porque el melillense ha hecho su tesis doctoral sobre la masonería en Marruecos y todos

sabemos que José A. es el gran maestro de esa cosa. Pronto aparecen tres tomos con las actas del último congreso.

José Luis Melero se acerca para que Moga le firme su libro, y acabamos haciendo tertulia hasta que comienza la presentación. Moga es un pico de oro, además de una pluma de oro.

Al salir, nos dice Pepito que acaba de recibir un libro sobre la Guerra Civil en Melilla...

—¡Pero si ese libro también es de Moga! —le interrumpo.

—Pues si lo sé, lo pongo también en el escaparate...

—Mejor que no, que hay subidones que matan.

PASAR POR EL PILAR

13 de julio de 2004

José Marqués, el amigo melillense, se ha cogido vacaciones y después de una estancia en Granada —para rendir tributo a Rafael López Rienda, el gran cronista de la guerra de Marruecos— se ha venido directamente a Zaragoza como paso a Chalamera, la localidad natal de Ramón J. Sender, del que Marqués se ha convertido en un incondicional.

Marqués viene acompañado de su encantadora esposa, Laly, y del pequeño Paquito, ya con dos años, y al que ayer pasamos por el manto del Pilar. Bueno, ayer la Virgen no llevaba manto, así que no lo pasaron por el manto, sino por la columna, lo que yo creo que tiene más virtud. Dentro de quince o veinte días recibirá en Melilla una foto que inmortaliza ese momento.

Paquito se ha portado estupendamente en su paso por la Virgen del Pilar. Incluso se ha sentado él solito en la escalerilla del camarín para posar en la foto. El *tito* Juan se ha quedado embelesado viéndolo tan seriecito y formal.

Porque no lo es, normalmente. Antes de entrar en el templo se ha recorrido despendolado todo el paseo de Independencia y Don Jaime, y ya en la plaza del Pilar ha perseguido, entre aullidos que ni la Mónica Naranjo esa, a toda paloma que se pusiera a su alcance. ¡Qué afición colombófila! También ha intentado meterse en todos los receptáculos de agua que ha encontrado a su paso: monumento a Goya, fuentes de angelotes, homenaje a la Hispanidad, rana junto a César Augusto... En la plaza de San Felipe ha despreciado olímpicamente a los caballos de Pablo Gargallo y ha entablado animada conversación con una pieza escultórica no tan olímpica, el joven sentado en el suelo que contempla la desaparecida Torre Nueva... Algo le ha dicho de perseguir juntos a las palomas... En fin, que Paquito se lo ha pasado en grande hasta que ha caído rendido y sus padres y yo hemos podido descansar de su pavorosa energía.

VOLVER A CHALAMERA

15 de julio de 2004

Vuelvo a Chalamera acompañando a Pepe Marqués, el amigo melillense, y Pepe me pregunta si encuentro el pueblo cambiado:

—Si te digo la verdad, no lo sé, porque la otra vez que estuve solo me fijé en Sender.

Esa *otra vez* ocurrió, ahí es nada, hace treinta años, cuando Ramón J. Sender visitó su villa natal en uno de sus *regresos* del exilio. En aquella ocasión, todo el interés, el mío y el de todos, estaba puesto en la persona del escritor, así que apenas pudo uno fijarse en otra cosa.

Pero está claro que Chalamera es hoy un pueblo que ha cambiado mucho, y para mejor, y solo hace falta ver sus calles, sus placitas y algunas de las casas que tuve ocasión de visitar, reformadas y con todos los adelantos modernos. Ahora sí que podría decir don Ramón aquello que comentaba mientras caminaba por las empinadas calles del pueblo, con la mirada baja, concentrada, para sortear las dificultades del terreno:

—Qué progreso, qué renovado está todo —decía don Ramón, incluso cuando pasó por delante de su arruinada casa natal.

En Chalamera nos reciben los Santiago Villas, padre e hijo, que son devotos de Sender, pues el abuelo Villas estuvo de monaguillo en el bautizo del pequeño Ramoncito. Después se une a la comitiva —con Paquito Marqués a la cabeza— el alcalde, Martín Bayona, y juntos visitamos la biblioteca municipal, donde destacan los libros de Sender, e incluso me muestran una página del *Heraldo* que recoge aquella histórica visita de Sender a Chalamera: allí aparece una crónica de la jornada, contada por Ana María Navales, y la entrevista que uno le hizo al escritor: «Esto marcha, y no marcha mal», decía sobre la transición política.

Después nos hacemos un montón de fotos con el busto de Sender —original de Blanca Merchán—, situado junto a la iglesia, y ante los preciosos murales senderianos pintados por los niños de Chalamera. Volveremos.

EL ALCALDE DE CHALAMERA

16 de julio de 2004

Chalamera, en la comarca del Bajo Cinca, tiene tres puntos de atracción: su iglesia parroquial, con una torre algo desmochada en la que anidan un par de cigüeñas; la ermita de Santa María, que en realidad no es ermita, sino toda una señora basílica románico-gótica, con un suelo original que hay que respetar como un tesoro (que a nadie se le ocurra alisarlo ni ponerle losas, señor alcalde), y... Ramón J. Sender, el más ilustre hijo de la población.

La iglesia y la ermita —que no es ermita— están señaladas a la entrada del pueblo como atractivos de la villa, pero Ramón J. Sender no está. Lo primero que hago en cuanto saludo al alcalde, Martín Bayona, es reclamarle que anuncien a Sender en los carteles de la entrada al pueblo:

—Estamos esperándolos de un día a otro.

Ya me parecía a mí raro que al alcalde Martín se le hubiese pasado por alto ese detalle, con lo que se cuida a Sender en Chalamera y con lo que es Martín, que lleva ya de alcalde tres legislaturas y por algo será...

—A lo mejor es que no hay otro que quiera ser alcalde... —dice con sentido del humor.

Martín es soltero, y en un descanso en el bar-casino del Ayuntamiento, tras visitar los lugares senderianos de Chalamera, me comenta cosas del pueblo. En la barra del bar hay una joven tailandesa, y me dice que ya son dos las chicas orientales que se han casado en el pueblo.

—Tenéis mejores resultados que San Juan de Plan...

Aunque habría que casar al alcalde...

En Chalamera hay 150 habitantes —algo reducidos tras dos o tres fallecimientos— y la ganadería es su principal actividad, con granjas dedicadas a terneras, cerdos y pollos.

Santiago Villas hijo, un majo muchacho de once años que nos ha acompañado todo el trayecto, también aspira a ser ganadero. Se entiende muy bien con el hijo del amigo melillense, Pepe Marqués, el pequeño Paquito, que acaba de cumplir dos años, y hasta se entretienen juntos en el futbolín del bar-casino, un artefacto que Paquito conoce por primera vez, aunque nadie lo diría viendo cómo se maneja con las barras. Santiago Villas hijo nos ha llevado a ver los murales que han pintado los niños de la escuela de Chalamera (Rocío y Elena, las maestras) con motivos senderianos cerca del busto dedicado a Sender, en una placita junto a la iglesia donde crecen moreras y magnolios.

—Este mural está pintado sobre un dibujo mío, y está tomado de la *Crónica del alba*.

—¿Y qué hacéis en Chalamera, además de trabajar en el campo y con los animales? —le pregunto al alcalde.

—Pues tenemos nuestras fiestas, la de San Martín y la de San Antón, y además hay bailes y alguna sesión de teatro, cuentacuentos. Y una vez al año tenemos cine.

—¿Solo una vez al año? Pues habrá que elegir muy bien la película..., porque si encima es un rollo... ¿Quién la elige?

—Pues la elijo yo...

—Ahora empiezo a entender que te sigan eligiendo como alcalde. Porque menuda responsabilidad esa de tener que elegir la película anual. ¿Y cuál has elegido este año?

—*Días de fútbol*, que la vi y me gustó mucho.

—Está usted hecho un lince, señor alcalde...

—Hago lo que puedo.

Pepe Marqués ha venido desde Melilla para retornar a Chalamera dentro de su periplo senderiano. Y ahora propone la contraria: que un autobús de vecinos del pueblo natal de don Ramón viaje hasta Melilla para conocer los lugares en los que su paisano estuvo cuando hizo el servicio militar.

Santiago Villas hijo está encantado con la idea. Con un alcalde como Martín Bayona, la cosa está hecha.

BARCELONA

30 de noviembre de 2004

Desde el piso 18 del hotel Torre de Cataluña contemplo la inmensa mancha urbana de Barcelona. A través de los grandes ventanales acristalados de la habitación, la ciudad se te ofrece como un dormido dinosaurio que admira y atemoriza a un tiempo. Con la supermoderna torre de Collserola como una lanza clavada en su costado, voy recorriendo el panorama. A mis pies, el rectángulo de la estación de Sants, con su ajetreado ir y venir de viajeros y coches; más a la derecha, el triángulo del parque de la España Industrial, con sus árboles, su lago y esa especie de faros marítimos que atraen a gaviotas de verdad; al fondo, las torres y cúpulas del palacio de Montjuic, que recuerdan una cosa intermedia entre El Escorial y el Pilar. Un poco más a la izquierda, las torres gemelas de entrada al recinto recuerdan campaniles venecianos.

He ido a Barcelona a presentar, en el histórico Centro Aragonés de la calle de Costa, un libro senderiano, *El soldado occidental*, del historiador melillense Vicente Moga. Ya lo hemos presentado en Melilla, en Huesca y Zaragoza, así que empezamos a tener la sensación, Vicente y yo, de andar de bolos con Sender. En Barcelona hemos tenido tanto éxito de público como en Melilla, pero en Barcelona hemos tenido más éxito de ventas: hemos acabado con todo el género. Jesús Vived Mairal, el biógrafo de nuestro Sender, presentó al presentador. Para mí es un honor y, sobre todo, una alegría que Jesús esté allí, con nosotros, después de su delicada operación. Lo digo, y también que hace casi veinticinco años estuve allí, en ese mismo lugar, presentando un libro del maestro Blecua, *La vida como discurso*. Ninguno de los presentes lo recuerda, ni tiene noticia; ni siquiera Cruz Barrio, la secretaria y factótum del centro. Me frustró. Me siento un superviviente o un soñador. Pero en la biblioteca hay un libro dedicado por Blecua que lo confirma. No fue un sueño.

SENDERIANA

29 de diciembre de 2004

Los amigos del Instituto de Estudios Altoaragoneses me envían un estupendo regalo de Navidad: la edición de *Apología de lo monstruoso: una lectura de la obra de Ramón J. Sender*, del profesor Jean-Pierre Ressayre. Pese al olvido en que han caído muchos escritores del exilio, es positivo constatar la buena fortuna crítica de nuestro ilustre paisano, que en los últimos tiempos ha visto la publicación de su formidable biografía, a cargo de Jesús Vived Mairal; la preciosa edición de *El soldado occidental: Ramón J. Sender en África*, de Vicente Moga; *Los trasmundos literarios de Ramón J. Sender*, de Ángel Alcalá, una intensa profundización en el mundo ideológico del escritor; y, ahora, esta otra monografía, la de lo monstruoso en Sender, que supone otra sustancial cata en la compleja obra literaria de nuestro oscense universal. Porque si, como señala Alcalá en su ensayo senderiano, la búsqueda del mal es una de las claves de su obra, esta aportación a lo monstruoso en Sender supone una especie de personificación o cosificación de aquella búsqueda: hablar de gigantes, enanos, tarascas, lamias, machos cabríos, señoras con rabo... apunta en este sentido. Pero hay en la obra de Ressayre algo más, mucho más: junto a una primera parte dedicada a la monstruosidad por regresión —a la que corresponderían los monstruos citados o sus hibridaciones—, hay una segunda sobre la monstruosidad transgresora, en la que se tratan fenómenos como el amoralismo, la perversidad, el sadismo, lo satánico... Todo ello concluye en una síntesis, la fusión regresiva-transgresora, y en un apéndice que conecta muy directamente con el ensayo de Alcalá: las vías de conocimiento según Sender (rechazo del materialismo elemental y del racionalismo, teoría de la hombría y de los ganglios...).

Solo cabe esperar que 2005 sea tan propiciamente senderiano como este 2004. Mi amigo melillense Pepe Marqués ya se ha puesto las pilas y está promocionando que Melilla haga una reedición de *Cabrerizas Altas* para celebrar su cuarenta aniversario. Que le oigan. En Melilla o en Huesca.

SIMI CHOCRÓN Y LOS LIBROS

14 de enero de 2005

Simi Chocrón me llama y me felicita el año. Es un honor. Simi Chocrón es la consejera de Cultura de la Ciudad Autónoma de Melilla y ha tenido la gentileza de agradecer mi interés por su ciudad, que fue la ciudad de mi infancia.

—Vas a tener que nombrarme hijo adoptivo de Melilla —le digo en broma.

Hablamos de la pequeña polémica surgida en Melilla con el *Quijote* y el tamazig o tamazige —la lengua hablada por los rifeños de la zona—, que no tiene mayor importancia, aunque es bonito que el *Quijote* pueda generar polémica. Resulta que la ciudad autónoma va a celebrar el *cuatricentenario* editando un *Quijote* y la consejera decidió, como referencia simbólica, poner el título en las lenguas de las cuatro culturas

de la ciudad, entre ellas el árabe. Pero los rifeños melillenses no hablan el árabe, sino el tamazige, y la oposición ha opinado que en vez de en árabe el título se debía haber puesto en la lengua de la región... Bien es verdad que los judíos de Melilla tampoco hablan el hebreo, ni los indios el hindi... En fin, se ha optado por la referencia a los idiomas oficialmente reconocidos. Se me ocurre, pese a todo, y aun considerando las dificultades de traducir el *Quijote* al tamazige, lo bonito que sería que la inmortal obra pudiera conquistar pioneramente ese nuevo territorio lingüístico.

El soldado occidental, el libro de Vicente Moga que cuenta las relaciones de Ramón J. Sender con Melilla y Marruecos, se ha agotado, y solo unos pocos ejemplares podrán ir a Madrid, a la presentación del libro en el Ateneo. Habrá pues que pedir a los editores (Simi Chocrón de nuevo) que hagan una reedición. Y, puesto a pedirle aún más a la gentil consejera, ¿qué tal esa edición comentada de las *Cabrerizas Altas* de nuestro Sender?

Acabo con otra joya melillense: el libro de Claudio Barrio *Melilla mítica*, centrado en dos territorios legendarios, el cabo de Tres Forcas y el monte Gurugú.

AID EL KEBIR

21 de enero de 2005

Hoy comienza el Aid el Kebir, es decir, la Pascua del Sacrificio o fiesta musulmana del borrego, que se prolonga durante tres días. Me lo avisa, por supuesto, José Marqués, mi amigo melillense. Los borregos este año vienen de Marruecos, aunque el año pasado, a causa de una epidemia, los trajeron de la Península. Pero los borregos marroquíes les saben mejor a los melillenses. Yo recuerdo haber comido en Nador un cordero marroquí que, ciertamente, era difícil de mejorar. Se nota que los crían con forrajes naturales.

—¿Hay alguna forma especial de matar el borrego?

—Creo que se mata mirando a la Meca...

También los musulmanes de Zaragoza celebran el Aid el Kebir, que igual podríamos celebrar los cristianos, pues recuerda el sacrificio de Abraham.

Me llega un paquete de libros de Melilla que me envía mi otro amigo melillense, Vicente Moga. He agotado la pequeña reserva que tenía de *El soldado occidental* senderiano, y me manda dos ejemplares, además de un libro sobre la lengua rifeña y una separata del propio Moga sobre la ascendencia amazige de la comunidad melillense que responden a un reclamo mío. Leo: «Más de un tercio de la actual población de Melilla se expresa cotidianamente en “taqer’act”, una variante dialectal de una lengua original, propia y milenaria: la lengua “tamazight” (en español, amazige). Esta es el soporte de su identidad etnolingüística y en ella expresan tanto su condición de españoles como su ancestral origen étnico amazigh (en español, amazige), su religión musulmana (sunnita) y su vinculación territorial a Melilla;

la región de los “iqera’yen” (en español guelaia); y el Rif (norte de Marruecos, grosso modo)».

Me imagino que estas cosas las saben muy pocos, entre los que, por supuesto, cuento a mi querido director, a quien deseo que se recupere pronto.

ATENEO

4 de marzo de 2005

Inicio mi intervención expresando mi asombro de encontrarme allí, en el Ateneo madrileño, hablando desde una tribuna. Y tengo que agradeceréselo a Vicente Moga por haber escrito un libro sobre Sender que nos ha abierto las puertas de tan ilustre institución. Aunque antes, en el trámite, haya que contar con Miguel Losada, que lleva este asunto de las actividades, y con José Luis Abellán, que es el director, o sea, el que tiene la llave de todo, y con el profesor Díez Torre, que es aragonés, historiador y director de la Sección de Estudios Históricos ateneístas... Pero pienso, pienso un poco más, un poco más allá, y ¿a quién adivino como responsable de que yo me encuentre en esa tribuna ateneísta, de que Vicente y yo estemos allí hablando del libro de Sender? Pues naturalmente al amigo melillense, a José Marqués López, que me puso en contacto con Moga un día de diciembre de 2002 y me llevó hasta el Hospital del Rey, y allí estaba Vicente, alto, sereno, serio, profesoral, con su bigote y su barbilla... Parecía un califa y lo apodé enseguida *el califa de Melilla*, aunque no se lo he dicho hasta recientemente.

El pasado lunes, en el Ateneo de Madrid, lleno de gentes que van y vienen a la biblioteca, junto a las galerías de retratos de los directores de la docta casa, faltaba solo Pepe Marqués para que la alegría fuera completa, aunque también nos hubiera gustado tener a Simi Chocrón —que sí estuvo en la presentación de Melilla—, porque al fin y al cabo ella es la responsable oficial de que *El soldado occidental* se publicara. A cambio de que no estuvieran ni Simi Chocrón ni Pepe Marqués (con lo que hubiera disfrutado), estuvo Pepe Pérez Gállego, que habló en el coloquio, para contento general, de su mili melillense y de esa carta que le escribió Sender sobre su experiencia africana que ha entrado a formar parte del libro de Moga.

—Esto se acaba —dice Moga cuando nos despedimos en la noche polar madrileña, refiriéndose a nuestros *bolos* por Melilla, Zaragoza, Huesca, Barcelona y Madrid.

El que más lo va a sentir es Pepe Marqués.

LA VIDA AMOROSA

9 de julio de 2005

Fernando tiene para mí un mensaje. Y no es una llamada o un encargo. Me detiene para decirme que hoy está muy feliz.

—Hombre, pues me alegro, sobre todo después de un día como el de ayer. ¿Y a qué se debe?

—¿Tú sabes lo que es leer las *Nanas de la cebolla* en el bus, a las siete y media de la mañana?

No he tenido nunca ese placer, pero a Fernando se le ve contento.

—Es que ahora en los buses han puesto poesías y trozos literarios... —añade Roberto para que me haga exacta idea de la situación. Uno no es cliente de Tuzsa...

Me llega un paquete de Pepe Marqués desde Melilla, aunque ahora está en Granada de vacaciones. ¿Qué me envía mi amigo melillense? Me asombra ver que, nuevamente, me envía el *Imán* de nuestro Sender, en la edición de Destino. Y ¿por qué? Hay una señal en la página 14 y, subrayado con lápiz color violeta, leo: «Los llanos de Drius se enrojecen. A la izquierda, las cumbres de dromedario de Tizzi Azza buscan la luna con la joroba; pero es inútil. Esta noche no saldrá hasta después de las dos de la madrugada». Sigo sin entender el mensaje, pero con el libro se acompaña una fotocopia: la de una carta que don Ramón envió el 11 de septiembre de 1961 a nuestro amigo Pepe Pérez Gállego. Y allí, en esa fotocopia, también subrayado con el mismo color, leo: «Yo recorrí con mi regimiento todo el territorio (Marruecos). Lo que mejor conocía era Dar Queddani, Tifaruin, Tizzi Azza, Dar Drius, bueno, como usted ve, casi todo». Todo explicado, si no fuera porque creo que Pepe ya me mandó en anterior ocasión esa doble referencia senderiana. Esa carta, además, también está recogida en el libro de Vicente Moga *El soldado occidental*. Pequeños misterios de cada día.

Mi director (Guillermo Fatás) ve la edición de *Imán* y me dice que esa es la mejor novela publicada por un aragonés en el siglo xx. Ya sabía su opinión. Cuando le comenté el título de *Los biznietos de Gracián* para mi panorama de las letras aragonesas del siglo xx me propuso que el libro se titulase *El siglo de Imán*. Era, ciertamente, un gran título. Chaco está al quite: *Imán* y *Cuentos de Bloomsbury*, esas son las mejores novelas aragonesas del siglo...

A LA TERCERA

21 de marzo de 2006

«La gente de Zaragoza me pide que hable de Melilla». Esto le dije a la periodista Sara Sanz, y con esta frase titula una larga entrevista que este domingo apareció en el *Melilla Hoy*, uno de los tres periódicos melillenses, donde trabaja nuestra joven colega riojana. Es la frase con la que yo también hubiera titulado, porque, además de gustarme, es verdadera. Cuando llevo mucho tiempo sin escribir de Melilla, la gente me lo reclama, como si tuviera mono melillense. Hace unos días, se me para delante una señora y me señala con el dedo:

—Usted, usted..., es el que escribe de Melilla...

—Pues sí, sí. ¿Ocurre algo?

—Pues que yo nací en Melilla, aunque llevo veinte años en Zaragoza. Y le leo...

La señora, de apellido García Hidalgo, me dice que también hablaba mucho de Melilla un antiguo jefe de la Telefónica... «Pero se murió y ahora solo queda usted...».

No intento comprender todo lo que me dicen mis lectores...

Visité a mi amigo Vicente Moga en su santuario del Hospital del Rey. *El califa* Moga, desde la aparición de su *Sender* africano, no ha parado de publicar libros sobre los periodos más conflictivos de la reciente historia de Melilla. Claro que llevaba muchos años investigando. Moga nos invita, a Pepe Marqués y a mí, a tomar un cuscús de cordero, que acompañamos de esas gambas-tigre que se traen de la Mar Chica. Fresquísimas. En este mismo restaurante, El Caracol, hace tres años, llevados por Pepe, estuvimos el fotógrafo Oliver Duch y yo cuando vinimos a hacer el «Hispanómetro» para el *Heraldo*. Recuerdo que esperábamos que el exfutbolista Nayim llegara de Ceuta para entrevistarle y hacerle la foto. Pero Nayim se excusó diciendo que no se encontraba bien y nos privó de recordar su legendario gol en el Zaragoza. Con aquel «Hispanómetro» empezó todo; bueno, empezaron mis regresos a Melilla. Este ha sido el tercero.

PUENTE NONAGENARIO 23 de mayo de 2007

José Marqués, mi amigo melillense, me recuerda que el 16 de mayo se cumplieron noventa años de la inauguración del puente de tres arcos sobre el río Kert, construido por ingenieros militares españoles, cuyo escudo en bronce aún permanece milagrosamente allí. A la mayoría de ustedes eso no les dirá nada, o les dirá poco, pero a Marqués, y de paso a mí, nos dice ciertas cosas. Nos recuerda, por ejemplo, que debemos a Ramón J. Sender el hecho de que el Kert —y ese puente de tres arcos construido por españoles en el páramo ahora marroquí— nos resulte familiar. Mi amigo Marqués me recuerda algunas efemérides: que Luis Aizpuru, el comandante general de Melilla de la época, estuvo presente en el acto de la inauguración; que *El Telegrama del Rif*, en su edición del 17 de mayo de 1917, publica una foto del puente en primera página; que Ramón J. Sender publicó un artículo en el periódico melillense —donde yo aprendí a leer, dicho sea de paso— titulado «La psicología de las marchas», donde narra su marcha militar, a pie, de Melilla a Kandussi, pasando por Segangan para llegar hasta el puente. «Un paseo militar de unos 45 km que Sender, con el tercer batallón de Ceriñola 42, realizó cuando se encontraba prestando sus deberes con la Patria».

Marqués, desde que descubrió el ordenador, se ha convertido en un cronista impenitente. Escribe con solemnidad: «Han transcurrido noventa años desde la inauguración del puente, que ha sido testigo de muchas marchas de batallones y

soldados en la zona de Melilla». Como Marqués tiene un irremediable sentido histórico, recuerda que, si Sender nos dejó escrito «La psicología de las marchas», el «periodista baturro» Juan Domínguez Lasierra nos dejó en *Heraldo de Aragón* el artículo «Magia junto al Kert». Culmina Marqués su crónica nonagenaria: «Tras el Desastre de Annual, el líder rifeño Abdelkrim tuvo oportunidad de volar el puente. Pero no lo hizo y, por tanto, gracias al gesto del cabecilla rifeño, hoy podemos hablar de los noventa años de vigencia del puente sobre el río Kert». Gracias, Marqués, por el recuerdo.

PRESENTACIÓN DE *EL SOLDADO OCCIDENTAL EN EL ATENEO DE MADRID*
28 de febrero de 2005

Nunca hubiera imaginado estar un día hablando en el Ateneo de Madrid. Así que encontrarme aquí es un hecho que, fundamentalmente, me sorprende. También me alegra, me alegra mucho. Por lo que —saltándome los protocolos— voy a darle las gracias directamente a Vicente Moga por haber escrito un libro que nos ha abierto —a él y a mí— las puertas del Ateneo. Al señor Abellán, que es el que tiene la llave de la casa, le diré que ha acertado. Por el autor, por el libro y por el protagonista del libro, un escritor paisano mío, aragonés como yo, que precisamente frecuentó mucho este centro, y no solo con intenciones intelectuales o culturales, que también, sino como simple refugio de la intemperie a la que, en ocasiones, se vio expuesto. Hablo, claro está, de Ramón J. Sender, que en su primera juventud, buscando en Madrid la gloria literaria, se vio más de una vez durmiendo en un banco del Retiro —allí se lo encontró en una ocasión su compatriota Luis Buñuel— y haciendo después sus abluciones mañaneras en las duchas del Ateneo, servicios que no sé si todavía subsisten o no. Aunque la relación más intensa del joven Ramón con el Ateneo madrileño fue, claro está, la literaria: aquí, durante largas horas, cuando no tenía ningún trabajo con el que mantenerse, leía vorazmente a los grandes maestros de la época, y a los de todas las épocas. Aquí, entre estos muros, se forjó literariamente, es decir, cultivó las insólitas dotes naturales que le caracterizaron desde su adolescencia, hasta que su padre, harto de la prolongada escapada del muchacho, se lo llevó a Huesca y lo metió en vereda: le hizo trabajar como periodista en Huesca. Y, frente a lo que el joven Ramón recordaba desdeñosamente, aquello de «Periodista en Huesca, chófer en Santolarieta», su trabajo en el diario *La Tierra* de la capital oscense le hizo aprender un oficio que le serviría ya para siempre, que le dio una agilidad de escritura que le acompañaría hasta su muerte.

Pero después de pasar por el Ateneo de Madrid y por *La Tierra* de Huesca, después de su acercamiento al arte literario por un lado y a la escritura funcional por otro, una tercera experiencia le daría a Ramón J. Sender su perfil más preciso, casi el definitivo, el que le permitiría enfrentarse, desde su apresurada madurez, a la Guerra Civil y el exilio, que harían de él el singular escritor que es. Me refiero a su experiencia africana, a su paso por el norte de África, por Melilla y el Marruecos

español de la época; de ahí saldría *Imán*, su primera gran novela, en la que cristalizan dos de sus grandes virtudes literarias: la espontaneidad y eficacia de su escritura y el compromiso con el hombre.

De este periodo tan significativo, tan trascendente en la formación estética, pero sobre todo política, de Ramón J. Sender, habla este libro de Vicente Moga, historiador de vocación y de profesión, archivero general de Melilla, profesor e investigador, que ha estudiado al milímetro el periodo militar de Sender en el norte de África y lo ha puesto en relación, como buen historiador que es, con el escenario y la situación política de la España de la época. (Digamos, entre paréntesis, que Vicente Moga acaba de publicar un emocionante libro sobre la Guerra Civil en Melilla y tiene en puertas otro sobre la masonería en Melilla, y seguro que en su despacho hay fichas y más fichas sobre otra docena de libros que tendrá en preparación).

Pero el primero de ellos, el que aquí nos congrega, es este de Ramón J. Sender en el norte de África que Vicente Moga ha titulado, con aguda capacidad polisémica, *El soldado occidental*. Seguro que a todos ustedes les ha llamado la atención el título, y dejaré que sea el propio autor quien desvele sus claves.

(Hay razones para preguntarse por qué una persona como Vicente Moga, archivero general de Melilla, historiador, experto en masonerías, se ha interesado por Sender. Yo tengo una respuesta, que me ha facilitado el propio Moga con la cita que pone al comienzo del capítulo «La torre mudéjar» de su libro *El soldado occidental*. Vicente Moga, aunque se identifica como melillense, nació en un poblado bereber, cerca del monte Uixan, donde su padre trabajaba, y él se confiesa con alma de bereber algunas veces. Y allí, en ese inicio de capítulo, hay una frase de don Ramón que afirma: «Tenemos en Aragón tres cuartas partes de substancia *beriber*, y los que no la tienen son, como dicen allá, *unos poca sustancia*». Ya cazan por qué Moga —que además es hombre de mucha sustancia— se identificó tanto con don Ramón).

El 25 de febrero de 1923 un joven Ramón J. Sender desembarcaba en el puerto de Melilla para incorporarse al Regimiento de Infantería Ceriñola número 42. Iba a cumplir, en calidad de soldado voluntario, sus deberes con la patria. A sus veintidós años, Ramón J. Sender no era un jovencuelo temeroso, lleno de incertidumbre e ignorancia, como buena parte de los reclutas que llegaban a la plaza norteafricana, sino que venía ya uniformado de conocimiento, curiosidad y tenacidad. Había sido manco de botica, se había escapado desde su Aragón natal a Madrid para tentar la suerte literaria (había dormido al raso de los bancos del Retiro, donde lo encontró Buñuel) y había regresado a Huesca, por imperiosa orden de su padre... y por el hambre y el frío que le perseguían. Sabía lo que era trabajar en un periódico, el diario de la capital altoaragonesa *La Tierra*, que prácticamente dirigió. Incluso, si atendemos a lo que cuenta Luz Campana de Watts, el atrevido recluta Sender apareció en filas llevando «un traje realizado por un sastre», lo que motivó el enfado del oficial, que lo envió a ponerse un uniforme reglamentario. Aunque don Ramón era muy capaz de tomarle el pelo a la señora Campana de Watts, la anécdota permite vislumbrar que el bisoño soldado era hombre de mundo o se hacía pasar por tal.

(En una de esas memorables frases que aroman y sustancian toda la rotunda prosa de Sender encontramos una ingeniosa, casi graciesca proposición: «Periodista en Huesca, chófer en Santolarieta». Ya se imaginarán ustedes el concepto que Sender tenía de su labor periodística en Huesca. Y, sin embargo, su trabajo en *La Tierra* fue de una calidad insólita para sus años. Sender había nacido para el periodismo, y el periodismo, la profesión, lo estaba haciendo nacer a las letras).

Cuando Sender llega a Melilla es un hombre bregado en el trabajo, de una inteligencia despierta, de una curiosidad por la vida y la sociedad humana extraordinarias (premiado ya en algunos certámenes, como uno de leyendas patrocinado por el periódico *Heraldo de Aragón*). No es extraño que el soldado voluntario Sender, el soldado accidental y occidental, como quiere Vicente Moga, vaya alcanzando durante su servicio militar en Melilla, rápida y sucesivamente, los grados de cabo, sargento y suboficial de complemento. Cuando acabe su periodo militar melillense, irá a Madrid, se presentará, uniformado de alférez, al director de *El Sol*, el periódico más prestigioso de la época, e iniciará un nuevo periodo de su vida que le llevará a convertirse en el más prometedor reportero y escritor de su tiempo. Sender había pasado, como diría su director madrileño, de *La Tierra* a *El Sol*, un salto asombroso, sin duda, de los varios que el escritor protagonizaría en su vida, pero no más importante que el que dio de Huesca a Melilla. Porque su experiencia marroquí será fundamental en la afirmación de su personalidad. El joven bregado y curioso se habrá convertido además, a su regreso de Marruecos, en un hombre comprometido con la realidad, que era mucho menos placentera que la que emanaba de los patrióticos relatos africanistas y coloniales de la época. De historiar este breve pero esencial periodo de la biografía del escritor aragonés, durante los años 23 y 24, es de lo que se ha ocupado Vicente Moga, el archivero e investigador melillense, con un rigor y una ponderación encomiables.

En su visión del Sender marroquí, Vicente Moga ha ejercido más el oficio de historiador que de biógrafo, más de analista que de erudito. Metido a recuperar la estancia de Sender en tierra marroquí durante este tiempo de vida militar, Vicente Moga ha escudriñado todos y cada uno de los hechos ocurridos en el entonces protectorado español, los ha analizado a la luz del signo social y político de la época, de la historia general española, y los ha interpretado sin reservas, dando a cada cual lo suyo, enjuiciando sin reparos pero con ecuanimidad. En este sentido, Vicente Moga no ha hecho en este último libro sino quintaesenciar, alrededor de la figura emblemática de Sender, el soldado occidental, todo su ya largo discurso sobre el imaginario colonial español, que es tarea en la que viene empeñado desde hace tiempo.

Vicente Moga ha acogido luego, en el seno de aquella situación estratégica, en el *humus* de ese imaginario, la figura entrañable, peculiar, del joven Sender, le ha hecho vivir las sensaciones del paisaje nuevo que él había imaginado entre los celajes del tópicos en sus juveniles ficciones literarias y ha formulado lo que esencialmente más importa: de qué manera aquel contacto del joven e inquieto Sender con unas realidades que superaban la crudeza de cualquier ficción dramática influyó en

su literatura posterior, cuando el tema marroquí se convirtió en protagonista de sus escritos. Nos referimos a su novela *Imán*, sin duda uno de los acercamientos más lúcidos a la realidad de la presencia española en tierras norteafricanas, o *Cabrerizas Altas*, libro incluido en su célebre friso novelístico *Crónica del alba* y escenario de un periodo fundamental de la educación sentimental y social del joven Sender.

Historiador y biógrafo, analista e intérprete, Vicente Moga va paso a paso contándonos el diario acontecer del Sender militar y su paralela dedicación literaria y periodística, surgida de aquella experiencia vivida en medio de una geografía física y humana, y en un territorio histórico y mítico, que acabó con la leyenda, con el exotismo y el cliché para dejar paso al compromiso y la denuncia. Sender será otro a partir de su paso por Marruecos; su literatura, también. Como dice expresivamente el propio autor, esta obra que aquí presentamos «es esencialmente el reconocimiento de la catarsis que Melilla y el Protectorado de España en Marruecos provocaron en el joven domador de nubes blancas llamado Sender».

Una catarsis cuyo proceso evolutivo presentó en la literatura de Sender distintos rostros, esos soldados occidentales y accidentales cuya relación completa nos ofrece Moga en su libro: «el impresionante soldado de Ceriñola 42» (en sus artículos de *El Telegrama del Rif*); el «romántico» teniente Ojeda de «Una hoguera en la noche»; el «sarcástico “caballero” Álvarez» de sus relatos «Ben-Yeb, el cobarde» y «El negro Tcho-Wak»; el «periodista comprometido» de *El Sol*, vestido de alférez de complemento; Viance, «el desolado soldado» de *Imán*; el «descarnado» Alfonso Madrigal de *Cabrerizas Altas*; los «atlantes desgajados de la historia» de «*In illo tempore* de Beni-Sicar»; y, «con todos, y contra todos ellos, un tal Ramón J. Sender».

Esa frase anterior, «el joven domador de nubes blancas», nos da paso a otro aspecto de la escritura de Moga. Porque, además de riguroso investigador y perspicaz intérprete, Moga es escritor, es literato, es poeta. En este libro aprecio, y seguramente es una opinión muy personal, que se ha producido una simbiosis entre el estilo metafórico, lleno de imágenes y de impresiones visuales y musicales, de Ramón J. Sender y el de Vicente Moga. Porque hay que decir que Ramón J. Sender no es el escritor realista por antonomasia que a veces se dice, sino que su forma de escribir, y de ver el mundo por tanto, participa de una imaginaria poética, metafórica, llena de referentes literarios y mitológicos que dan a su prosa una trascendencia, una dimensión alegórica o espiritualista que es la que acrisola su verdadera personalidad de escritor.

Y, contagiado de esa espléndida prosa, siendo uno con el personaje al que nos acerca, Vicente Moga también rebosa en este libro de un estilo soberbio, de una retórica barroca, llena de imágenes y de recursos a una vasta cultura, literaria, musical, pictórica, nada gratuita en cualquier caso, muy incardinada en el texto que nos propone. Incluso son apreciables a veces greguerías muy felices: «Los nopales como acericos del desierto». Como ejemplo, solo unas líneas llenas de irreprimible nostalgia, las que Vicente Moga dedica a la despedida de Sender de su Melilla militar:

Soldado Sender a bordo de un Pegaso alado con cuadernas de cedro, adivinando, entre sombras que se alejaban como lejanas líneas paralelas, el rectángulo del cuartel de Ceriñola, los cubos esmirriados de las casas de Cabrerizas y sus cohortes endiabladas de antiguallas [...]. Adormecido sobre la proa del buque correo, el Monte Toro, con nombre de cima menorquina, Sender confundió el último sonido que le llegaba de África. Nunca llegó a saber si fue la sirena de otro barco que avisaba una estela desconocida, o la onda lastimera de un chacal, del que pensó, con sorna, que estaría solo y desnudo.

O estas otras, que glosan el momento del nacimiento del escritor:

Un azor sobrevuela la torre de ocho lados de la iglesia. Deja caer granos de cebada que como diminutas esferas se estrellan en una costra de sal, junto a una casa de piedra. Mientras se aleja rechinando hacia la curva del Ebro, el ave escucha el latido de un niño que remata su último juego con las deshilachadas nubes del viento.

Este estilo impresionista que utiliza Moga queda patente incluso en los títulos de los siete capítulos que estructuran el libro: «La torre mudéjar», «Álbum de la ciudad de cristal», «La línea de contacto: Melilla y el protectorado», «*Cursus honorum* del soldado Sender en África», «El espejismo literario: los relatos de trama marroquí», «Heraldos de la civilización, tipógrafos del africanismo» y «Armas son los libros: las crónicas periodísticas del soldado occidental».

El libro se completa con una documentada e ilustrativa edición de los artículos publicados por Sender en *El Telegrama del Rif*: las series «Arabescos» e «Impresiones del carnet de un soldado». Son la imprescindible culminación de un libro sobre el Sender marroquí, pues, además de ser unos escritos hechos *sobre el terreno*, con lo que ello tiene de valor testimonial e histórico, permiten tender el puente natural entre el Sender pre- y posmarroquí. La marcha senderiana desde Melilla a Kandussi —a través de ese río Kert que mi querido amigo José Marqués me ha hecho cruzar con la imaginación, estos últimos tiempos, una y otra vez— es, además de una psicología, como dice Sender, toda una premonición de su propia metamorfosis como escritor y persona. No es extraño que el espíritu de aquella marcha aparezca en las primeras páginas de *Imán*, esa novela antibelicista que es además el arreglo de cuentas senderiano con su juvenil pero trascendental experiencia militar. El volumen se cierra con una síntesis, «Ramón J. Sender o el soldado indefenso», y con unas muy completas referencias bibliográficas.

La bella edición, sus numerosas y desconocidas ilustraciones, fotografías y postales de época, con portadas de libros senderianos y de otros autores africanistas, e incluso con dibujos y pinturas del propio escritor de Chalamera, enriquecen este libro y lo convierten en una contundente demostración de sensibilidad testimonial.

Por todo ello, quiero felicitar muy efusivamente a Vicente Moga por este libro que completa el capítulo marroquí de ese monumento biográfico que es el Sender de nuestro amigo y admirado Jesús Vived Mairal, a quien nos hubiera gustado ver aquí presentando este acto. Es además, al hilo del paso de Sender por esta tierra nor-teafricana, un libro de historia española, la de esa España no peninsular que tanto ha pesado y pesa en el devenir del propio concepto de España.

Así que lean este libro: los amantes de Sender, por supuesto; los amantes de la historia de España y de Marruecos, también; y, además, los degustadores de la buena literatura, de esa prosa hermosa y poética que nos regala este elegante escritor que es Vicente Moga, que con esta obra, pese a su voluntad histórica, ha hecho también el libro más personal, más propio, más suyo de los que ha realizado hasta ahora.

Estoy seguro de que este *soldado occidental* va a dejar honda huella en sus lectores y tendrá un puesto indiscutible en nuestra bibliografía, no solo senderiana, sino literaria e histórica.